

corte romana por sus prendas intelectuales! Parecía que habían sido para siempre sus desgracias y sus prisiones. Mas, no fué así que obligado á pasar por España, para volver á la América, cayó nuevo en las garras del despotismo, no cansado jamás de saciar en su odio al mérito sobresaliente, y como presintiendo que de aquí criollo iba á brotar un apóstol de la Independencia de América y el Insurgente en Nueva España! Pero . . . aun no ha llegado la hora antes vió y observó aquellos países; y todo lo que consignó,—de no maestra como todo lo suyo,—pertenece á su literatura.



Capítulo XV.

Estudios Crítico-Históricos y Literarios del P. Mier.—Viajes.

El Pontífice había sorprendido al mundo con sus virtudes, y la Sede la debía en gran parte á la República francesa y al mismo Napoleón como General de esa República [1]. Pagó luego éste el servicio celebrando con él el concordato, y coronándole! Pero la corrupción de aquel centro religioso, por mejores que fuesen las virtudes del Prelado, continuaba. Las tropas de mendigos asquerosos, la pésima administración Municipal y general de los Estados Pontificios, que dejaban al bandidaje saquear y pillar hasta en la misma Roma; los ejércitos de monjas y de frailes, ociosos, corrompidos; las célebres *Agencias* para los beneficios, en que todo se vendía y se conseguía por dinero . . . (2).

Todo en la administración romana como en España, está en manos de validos ó privados,—*covachuelismo*,—que disponen de todo y engañan al rey ó papa, por más altas que sean sus virtudes. Todo es intriga, falsedad y mala fé (3). Todo pompa exterior, y superficialidad teatral y mundana, sin consistencia, sin espíritu, sin substancia! Cuando oficia el Pontífice en los más suntuosos templos de la cristiandad,—San Pedro, San Juan de Letrán, Santa María la Ma-

yor,—bendición papal; los palacios: todo es teatral, magnífico y opuesto al humilde espíritu del Evangelio! Las fastuosas congregaciones, en que domina la intriga política internacional, la misma *in-dumentaria*, (4), prueban, ostensiblemente, que se está muy lejos del espíritu de Jesús, de San Pedro y los apóstoles! Hace, en fin, sobre el Gobierno y la Administración de Roma, y el mundo católico, observaciones, en cierto modo predicciones que los acontecimientos posteriores se encargaron de justificar. [5].

Cuanto al *Capitolio*, el *Campo Boario*, las *Vilas ó Villas*; el mundo inanimado de bronce y mármol que solo vive y alienta con el soplo del arte, desde Marco Aurelio y el Apolo de Belvédere hasta las estatuas de los Apóstoles: los arcos de Septimio Severo, Tito y Constantino; el Panteón, el Coliseo y los bajo-relieves, la columna Antonina, la de Trajano, y la mole de Adriano; el templo de San Pedro, con su maravillosa cúpula, sus frescos portentosos, sus geniales mosaicos; la Basílica de San Juan de Letrán, en cuyas piedras, jaspes y mármoles, está escrita la historia entera del cristianismo: el de Santa María la Mayor, con sus reliquias [1] veneradas, con sus bóvedas cubiertas del primer oro de América; la *Santa Croce*, San Pablo, con las mármoles reminiscencias bizantinas y paganas: todo ese mundo de arte y de belleza que surgió al soplo de la clásica época del Renacimiento, y que Roma concertó con el heredado genio helénico, y que cristalizó en maravillosos monumentos: todo el arte que palpita en la *Ciudad Eterna*, y que le arrancan, entre sus observaciones de erudito, y de inteligente entregado á estudios graves, y en cierto aspecto áridos, exclamaciones que indican una alma sensible que vibra con la armonía de notas, colores y sonidos de las obras bellas de la naturaleza y del arte, y que penetra con verdadero sentido estético, sintiendo y haciendo sentir en sus relatos y pinturas la emoción de la belleza.

En sus relatos de las obras de arte así como en la pintura de las costumbres, se distingue, sobre todo, por la sobriedad: escoge siempre una circunstancia, un rasgo,—pero capital,—omitiendo lo accesorio que fácilmente se deduce: no es tanto, así, lo que dice, cuanto lo que sugiere. Posée y domina de modo admirable el difícil arte de las “transiciones: con motivo de la descripción de San Pedro, cae en las

dominaciones del Pontífice; con la de Santa María la Mayor, en la historia de las imágenes cristianas de Occidente (2).

Con ocasión de los teatros de Roma describe de mano maestra el carnaval, y hace su crítica con anécdotas reales, ó fingidas, que muestran un espíritu superior y un talento flexible y universal [1]. Y sobre todo ello: las ciencias, las letras y la crítica literaria, en que se distingue entre todos nuestros escritores de entonces, aun comprendidos Clavijero, Beristáin y el ex-jesuita Cavo: pues que á todos supera en imparcialidad y en desenfado, permaneciendo, no obstante, religioso, sincera y fielmente católico.

Y desfilan ante el lector, y juzgados conforme á un alto criterio literario, después de éstas, de las obras de la naturaleza y del arte, las producciones del espíritu; y así, durante su breve, pero fecunda permanencia en Roma, dice de Masdeu, de Mondragón, de Herbas, [2], de Clavijero, del jalisciense Cavo, de Diosdado, de Lacunza; algo que toca, ya elogiando, ya censurando las doctrinas y teorías que interesan á la filosofía social y á cuestiones históricas de nuestras discutidas antigüedades mexicanas. Y... ¡cómo no había de ser así, cuando aun no había tenido ocasión de presentar sus recomendaciones; y cuando después de secularizado por el bondadoso Pío VII se pasaba entero el día en la gran Biblioteca “Minerva,” una de las mayores del Mundo; ó en la Angélica, que es digna de competir con la anterior; *sin títulos de orden*,—que había dejado, como hemos dicho, entre las garras de los *covachuelos* de España, y agentes del Arzobispo de México;—sin medios de subsistir, sosteniéndose con la palabra de vida de la ciencia y de las letras, hasta llegar á adquirir aquel tesoro de erudición que á profusión derramara en sus obras literarias pertenecientes á todos los géneros, y en que brilló como el primero, tal vez, de sus compatriotas de su tiempo; figurando al lado y sin desdoro, de los *Zea*, *Gama*, *Mejía*, *Alcocer*, *Iturri*, *Cavo*, *Clavijero*; y los Europeos, *Muñoz*, *Masdeu*, *Herbas*, *Gregoire*, *Humboldt*, y demás, ocupando un puesto con *Langles* en la clase tercera, la de Historia, en el primer Establecimiento literario y científico del mundo: el Instituto Nacional de Francia. Primer Americano que obtuviera tal honor! (3).

Aun nos resta que mencionar de su vida literaria, en el aspecto

que le examinamos, su estancia en Siena, en Florencia y en Génova y luego en Barcelona, en Madrid, pasando por los pueblos de Aragón y de Castilla, hasta caer de nuevo en manos de sus perseguidores; de los que escapa por fin á Portugal, en el momento y á la vista de la armada de Nelson que despedaza en combate gigantesco á la franco-española, junto al memorable y siniestro promontorio de Trafalgar.

Continúa, así, de Roma á Cádiz, ese viaje de dos años, cuyo mayor espacio lo llenan las sombras de los calabozos españoles, y en el cual recoge los caudales del saber que derrama después en sus memorias, no sin mencionar en ellas costumbres y emitir juicios, y prodigar elogios, y aplicar censuras, y hacer pasar, así, ante los ojos del lector las cosas mismas de que trata, como si tuviese el poder,—que el genio tiene,—de reproducir y crear de nuevo lo que nos rodea inanimado, y lo que en derredor nuestro vive y alienta! Seremos breves ya que nos espera como parlamentario y político, en su patria Anahuac, ya independiente; con lo que debía coronar su gloriosa carrera de precursor, apóstol y de héroe de nuestra Independencia!

Deja, pues, la ciudad histórica, en que están escritos los anales de dos civilizaciones: la greco-latina, y la cristiana; la "Citta" "sancta" (1), que dicen los Romanos; y celebra de Siena, la Catedral,—*Duomo*,—por su arrogante cúpula, con sus tres naves magníficas, su pavimento riquísimo, que representa en mosaico pasajes de la Escritura, y sus estatuas blanquísimas de los papas, todas de mármol; en la altura; recuerda á la santa que lleva el nombre de la ciudad, y á quien en gran parte deben Roma y la Italia la restitución de la Sede Pontificias (2); y llega á la cuna de las bellas artes y las letras en el mundo moderno, á la patria del Dante y de Miguel Ángel, en que parece extasiarse relatando, siempre sobriamente, el origen del Renacimiento; y parece recrearse recorriendo y haciendo la historia de aquella ciudad famosa en los anales de la cultura humana; consigna las gratas impresiones que recibiera en el Museo artístico, uno de los más ricos del mundo, [3] en la Academia de la Crusca, á que tanto debe la ciencia moderna, y en el jardín botánico. Y sembrando, como siempre, observaciones, producto de madura reflexión

y de su ciencia. Y lo mismo en Florencia que en Génova, y en ésta que en Liorna; y no parece sino como que siente dejar una tierra privilegiada, que así el arte como la ciencia, no abandonan jamás aunque la política la haya convertido durante 17 siglos en presa de pueblos y naciones, y germen de discordias: como si el destino, ó la providencia de la historia, quisiera hacerle pagar el yugo que durante siglos anteriores hiciera pesar sobre pueblos, que se disputan ahora sus dominios. Así lo hace constar nuestro viajero que, al pisar las calles de Génova que llevaba todavía las huellas de aquel sitio memorable que heroicamente sostenían extranjeros contra extranjeros, para que este mismo extranjero, que hacía brillar á los ojos de pueblos deslumbrados los hermosos ideales de *libertad* y de *República*, acabara por hacerlo caer en el abismo de la monarquía *cesarista* (4), para pasar luego al de *Santa Alianza* que distribuyó á los pueblos como rebaños entre los monarcas absolutos! (5). No obstante,—decimos nosotros,—de esos dorados ideales que paseó Francia ante los pueblos gastados del viejo mundo surgieron los gobiernos constitucionales y la doctrina de las nacionalidades, que dieron la libertad, encarnando los derechos del pueblo, con la unidad á la Italia dividida: principios fecundos que hacen brotar la vida en el seno de la corrupción y de la muerte!

Prosigamos con nuestro viajero despidiéndose de la hermosa y legendaria tierra; trabando conocimiento con *Vignoli*, con los obispos de Denia y Nolli, que lo eran Bechetti y Palmieri; todos sabios, todos distinguidísimos escritores y publicistas, y alguno de ellos, arrebatado, como el mismo P. Mier, de aquel espíritu de innovación y de reforma que provocó el consistorio de Pistoya, el cual tendiera á volver á la Iglesia á su constitución primitiva! [1]. El deseaba volver á su patria; y el destino lo dispuso de otro modo para que pudiera ser la voz de nuestros derechos en el seno de España, en el seno de la Europa misma, y ser el apóstol en ella de nuestra Independencia. Mas, conviene al plan de nuestro Estudio completar sus notas de viajero y observador publicista; por lo cual le seguiremos á España, donde encontraremos nuevos tesoros de ciencia y de observaciones. Tal será el asunto de nuestro próximo capítulo. (1).

Capítulo XVI.

Estudios Históricos Políticos y Sociales del Padre Mier.—Viajes.

Volví, pues, antes de su apostolado de la Independencia de América, y sus polémicas con “El Español” y Cancelada que produjeron las “Cartas de un Americano” y la “Historia de la Revolución en Nueva España,” examinadas en los capítulos correspondientes; —volvía el secularizado fraile á caer en manos de sus perseguidores, como llevado por fuerza superior, fatal, que lo arrastraba á agotar, como víctima, los sinsabores y padecimientos crueles, que causó la saña y produjo el furor del despotismo en consercio con la superstición y las malas pasiones, conjuradas en contra suya. (1) Mas, entre tanto, vió y observó; y esas observaciones consignadas en sus memorias, son ejemplo, como hemos tenido ocasión de verlo en los precedentes capítulos, de profundidad en el pensamiento y de sencillez y gallardía en la forma: son modelo en su género, que debemos citar con complacencia, y estudiar para provecho nuestro al celebrarlas. No hay la menor duda que en punto á costumbres y pintura general de España que hace en esos anales, está influenciado por el natural resentimiento que causó en él tan atroz persecución; pero en lo general, y en el estudio que hace de los Gobiernos civil y eclesiástico de

la Península, y sus reflexiones histórico-filosóficas sobre monumentos, artes, letras, institutos, ciencias y estado general de la nación, queda maravillado el lector de la justeza y exactitud de sus juicios, y de la profundidad y elevación de sus miras.

Hunde, así, su mirada en aquel antro de corrupción é ineptitud, desde un rey,—Carlos IV—juguete y lidibrio del valido y de la propia familia, y que pasa su tiempo de holgazán en los sitios reales,—Aranjuez, San Ildefonso y la Granja,—hasta los corrompidos guardas de corps, de que salen los Godoy del Reino, omnipotentes en dominios en que no se pone el sol! Desde los grandes de España, ó sea los más pequeños hombres de la nación, libertinos é ignorantes, serviles y humildes con el valido, y soberbios y altaneros con los hombres de mérito, hasta los *mayordomos de Palacio* y *Camaristas* que á las veces valen más sus decisiones que las decisiones mismas del Ministro: desde los Consejos—el de Estado, el de Hacienda, el de Indias,—de nombre casi todos ellos, y en que impera el capricho, la intriga, la venalidad y la corrupción de sus empleados inferiores, hasta los Ministerios, en que dominan y hacen todo á su antojo los secretarios, oficiales ó *cocachuelos*, verdaderos reyes de la Península y la América, y en que todo se obtiene por dinero, y en que se vende la razón, el derecho, el poder y la justicia. [1]

Las antiguas *Cortes*, ó los tres Brazos del Reino, abolidos por el despotismo de los monarcas absolutos de la Casa de Austria y por los Borbones, que siguieron las huellas de aquella casa [2]: los impuestos distribuidos al antojo, y con inicua desigualdad opresora de los pobres agricultores é industriales pequeños, riqueza única verdadera, y cuyas fuentes cegaba; las pensiones y privilegios de los *pequeños*, la sangre del pueblo,—según la consagrada frase;—el oro y la plata de América, que no hacía más que pasar por manos de españoles para enriquecer á las naciones limítrofes y grandemente industriales; la religión convertida en superstición, ignorancia y analfabetismo sistemático en las clases bajas, y en explotación, iniquidades é hipocresía en el Clero,—que también era en lo general ignorante y supersticioso, y en indiferencia é incredulidad como las clases cultas;—las obras literarias reducidas á malas traducciones de las francesas, como Ba-

teaux y Blair, y alteradas; Las ciencias descuidadísimas [v. nota 1.] tanto ó más que la literatura y los conocimientos histórico-geográficos; las bellas artes olvidadas casi por completo: todo aquello que significa, en fin, cultura, progreso intelectual y moral de un pueblo abandonado y olvidado por los orgullosos españoles de principios de este siglo, aparece tan vivamente pintado por el doctor Domínguez que por mayor que pueda ser la parte que, —como va dicho,— debemos atribuir al natural resentimiento de quien sufrió la saña y los furios del egoísmo imperante y explotador de nuestros dominadores, habrá que convenir en que, —traslucido el encono personal,— en el fondo un cuadro fiel y sombrío, digno del pincel de quien lo trazó y adecuado al asunto que traslada al maravilloso lienzo de su crítica, y que hace, como todo lo suyo, honor á nuestras letras. (2)

El Museo, el Jardín Botánico, la Armería, los jardines, los templos, los Palacios de los Reyes, el aspecto general de la ciudad, todo lo describe el P. Mier, con sobriedad y con elegancia sencilla que cuadraba á la madurez de sus conocimientos; advirtiendo de paso, y siempre, también oportunamente, ya un hecho histórico importante ya un rito, ya una enseñanza moral, política, científica ó social (3), que importa al progreso, y que interesa vivamente. Y luego, como en su azarosa y fecunda peregrinación trató y frecuentó el comercio de todas las clases, y todos los niveles intelectuales, entraña el espíritu de una nación y el alma misma de los pueblos; y así como caracteriza al provenzal, al gascón, al burguiñón ó al parisiense, en Francia; al napolitano, al romano y al toscano, en Italia: del mismo modo pinta y distingue con vigorosos rasgos en España al industrial catalán, egoísta, de carácter agrio y dispuesto á la rebelión; al vizcaíno y aragonés, testarudos, celosos de su independencia, y fanático éste y supersticioso; al montañés y al castellano, degenerados ya, de recia complexión legendaria; al aventurero gallego cuyos varoniles oficios de la mujer misma, son proverbiales; al corrompido valenciano, y al andaluz decidor y hazañero!... Narra é individualiza sus costumbres y su provincialismo extremo, y sus fueros y su celo por su independencia, y sus particulares idiomas ó dialectos, que la arrogancia de los reyes de Castilla, durante siglos, no pudieron ahogar; y

que el despotismo de la Casa de Austria, que en Villalar inundó en sangre privilegios y fueros, no pudo destruir nunca enteramente!

Indudablemente, —y á fuer de imparciales cuanto humildes historiadores— debemos añadir á esta sinopsis que hacemos de los anales histórico-críticos del P. Mier, que la singular condición en que estaba colocado, teniendo que vengar agravios personales y de nación ó reino, oprimido por aquel duro despotismo, le hace ver el cuadro más negro y sombrío de lo que era, —si no en su tiempo,—sí en lo que se refiere al porvenir de una nación que enseñó, en la época de su decadencia misma, á luchar contra el coloso del siglo y á vencerlo; y que de aquella contienda en que la libertad política, que brotó en Cádiz, arrinconada contra el mar, encendió luego la luz de los Gobiernos constitucionales por toda la Península, después de otra espantosa lucha dinástica que entrañaba la unificación y grandeza de España. Que si no ha logrado desempeñar en el mundo el papel importante que desempeñara en la época de sus conquistas y sus triunfos, ha podido, por lo menos, elevar su cultura y su nivel intelectual por cima de los calamitosos tiempos de su decadencia. Lo más de que podamos dolernos respecto de España—pero como de todos pueblos—es la consideración de que es triste contemplar cómo la regeneración de ellos tiene por precio los desastres!

Mas, perdónesenos esta digresión, cuyo contenido creémos de justicia y no del todo inoportuno, y volvamos á nuestro sabio cuyas capitales obras literarias examinaremos; y habiendo ya mencionado, y sumariamente examinado las que como precursor y apóstol de nuestra independencia produjo, juntamente con aquellas, meramente literarias y críticas que acabamos de ver, procede ahora analizar las que como orador político y parlamentario, —ya independiente aquella tierra de Anáhuac, porque tanto había sufrido,—y que pronunció en la Cámara de representantes del primer Congreso Mexicano. En ellas hallaremos los mismos tesoros de saber y cultura que en las anteriores. (1)

Imposible nos será analizar las numerosas mociones y discursos que pronunciara en el primer Congreso mexicano y en el Constituyente, de que fué alma el Dr. Mier por su experiencia y por sus lu-

ces; pero sí diremos de su discurso—Apología—que dijo en las Cortes, á raíz de la proclamación de la Independencia, y de aquel otro discurso sabio y elocuente, en que predice con dolor las desgracias de nuestra patria, si se adopta de pronto un régimen federal, semejante al de los Estados de Norte América; discurso que fué impreso con el título “Profecía del Dr. Mier sobre la Federación Mexicana.” Al estudiarlos, citaremos fragmentos que bastarán para probar que con las cualidades que hacen de él un eminente “hombre de letras,” poseía un talento de político profundo, que le permitían leer lo porvenir, como si el destino de los pueblos fuese un libro abierto ante su vista, ilustrada por tanta experiencia adquirida en más de un cuarto de siglo de persecuciones, y como víctima del despotismo; y en que paseara su espíritu elevado y nutrido con los conocimientos más sólidos y completos, por las cosas y los hombres de dos mundos. Sus discursos, como todas sus obras anteriores, lo proclaman el primero de nuestros patriotas. Rindamos el homenaje que corresponde al grande hombre, y probemos con el examen de sus obras literarias que es digno del doble homenaje que le atribuíamos.



Capítulo XVII.

Oratoria Parlamentaria del Padre Mier.

Discurso---Apología.

Todo lo expresado en las páginas anteriores se refiere á la época en que como precursor, y como apóstol, anduvo en el Viejo Mundo, esparciendo su palabra de vida por todo el Continente hasta que en su encuentro en Londres con el joven liberal Mina, decidió al sabio á concluir el éxodo brillante de su vida con la campaña en que, citándose los lauros del héroe, completó su fecundísima labor literaria; una de las más trascendentales y magníficas de cuantas nos ofrece nuestra patria en aquel tiempo. [1].

Indudablemente que aquel hombre que había apurado en sus sufrimientos todo el furor del despotismo; que había errado lejos de su patria por muchos años, perseguido y apresado como criminal; á quien se había despojado de renombre, de bienes y de sus honoríficos títulos adquiridos en las nobles luchas de la ciencia y de las letras; que había aprendido, en su trato repetido con los hombres y las cosas de ambos mundos, á conocerlos con rara precisión, dado su talento esclarecido, y sus dotes de observación en entendimiento nutrido de superior cultura; que había palpado aquel colosal derrumbe de los viejos tronos europeos, asentados en la roca de la tradición de quince

siglos; y que presencié aquella descomposición y recomposición de las sociedades que, en medio de ruinas, hizo nacer el Sol de la esperanza en la aurora de los Gobiernos constitucionales: natural era, entonces, que fuera un profundo político y un orador parlamentario de primer orden; y tal es el asunto que nos queda que estudiar con una obra literaria, obra única, sin semejante y de una pieza: obra patriótica, [2] y, al mismo tiempo, general y humana.

Sobre el Patronato de la Iglesia y representación nacional en el corte de Roma, y los mayorazgos; sobre la anexión de Chiapas á la República; sobre libertad religiosa, y, sobre todo, en la caída y persecución del tirano Iturbide, que había sorprendido á la Representación Nacional proclamándose emperador, pronunció discursos que son verdaderos modelos de elocuencia parlamentaria, en que se manifiesta siempre liberal, republicano, y el que siempre había sido: docto y más grande político de aquel tiempo. Y así, cuando á la caída de Iturbide, á que contribuyera más que ningún otro, (3) se discutieron las Bases Constitutivas de la Nación; amaestrado por lo que había visto y aprendido en el Viejo Mundo; con su sentido político admirable, y su inteligencia nutrida con el saber de aquel tiempo, combatió la intemperancia y el ardor de los partidos en un discurso famoso que, con razón,—como decíamos en el prólogo de este estudio,—fue designado mucho después en el seno de nuestras malhadadas guerras intestinas, con el nombre bíblico de *Profecía*! Ah! Si se le hubiese escuchado! . . . Tal vez no hubiéramos tenido que lamentar tan grandes calamidades, y tantas desdichas como llovieron en ochenta años sobre nuestra patria! . . . Este discurso, y el primero que pronunció al presentarse en el seno de la Representación Nacional, cuando después de 27 años de padecimientos por su patria pisa el libre suelo, porque soñara tanto y tanto luchara,—serán los únicos que examinemos aquí, y que presentaremos como modelos á la juventud de nuestra patria.

Comenzaremos por este último—que es el primero en el orden del tiempo,—y que se ha designado con el nombre de *Apología*, porque hace la de él mismo y la de su inquebrantable fe, y su profesión de ésta en la Independencia, la libertad y la república.

Comienza este discurso con un *Exordio* noble y elevado, que prepara de modo admirable los ánimos para escuchar con interés excitado los grandes hechos y las luchas de que fué actor en el movimiento general que produjo la Independencia; [1] y del cual tomaremos algunos puntos importantes, así como de la *Confirmación*, en que los narra y juzga sencilla y sobriamente, después de lamentar, aunque los acepte, los hechos consumados; esto es, el establecimiento del Imperio.

En el *Exordio*, noble, magestuoso, sencillez y elegante, con la elegancia que da la sencillez,—dice:

“Señor: Doy gracias al cielo por haberme restituido al seno de la patria al cabo de 27 años de una persecución la más atroz, y de trabajos inmensos: doy gracias al Nuevo Reino de León, donde nací, por haberme elevado al alto honor de ocupar un asiento en este augusto Congreso; doy gracias á V. M. por los generosos esfuerzos que hizo para sacarme de las garras del tirano de Ulúa; y las doy á todos mis caros paisanos por las atenciones y el aplauso con que me han recibido y estoy muy lejos de merecer. Me alegraría tener el talento y la instrucción que se me atribuyen, para corresponder á su afecto y á sus esperanzas.”

Este brevísimo, pero brillante *Exordio*, es un verdadero modelo, en que con gradación retórica al dar sus agradecimientos, desde el *Cielo* que le concede volver al seno de su patria ya libre, hasta sus compatriotas, que le tributan aquel justo homenaje, es de un valor literario inapreciable.

Además, el arte con que después de esa gradación pasa al fondo del discurso sin solución de continuidad, por medio de una fina transición, es de un gran mérito literario; y merece estudiarse, pues que constituye un modelo digno de ser imitado. En efecto, lo probaremos, insertando lo siguiente, que ya pertenece á la *Confirmación* del discurso, y que está intimamente ligado á lo anterior. Dice así:

“Lo que ciertamente poseo es un patriotismo acendrado: mis escritos dan testimonio, y mi diestra estropeada es una prueba innegable..... Y todavía SI PERGANA DEXTRA DEPENDI POSSENT, ET JAM AG DEFENSA FECISSENT. Temo haber llegado tarde (3) y que los remedios sean tan difíciles como los males son graves.”

Luego, refiriéndose siempre al establecimiento del Imperio, dice:

“Yo estaba alarmado sobre la existencia de la Representación Nacional; pero me aseguró [1] que cuanto se decía contra ella era una calumnia, y que esta-

ba resuelto á sostener al Congreso como la mejor áncora de salvación del Imperio.....Roguemos á Dios, le inspire nos mantenga, no sólo la Independencia, sino la libertad.....Nosotros no queremos la Independencia por la Independencia, sino la Independencia por la libertad. Nosotros no hemos estado once años tiñendo con nuestra sangre el suelo de Anáhuac para conseguir una independencia inútil: la libertad es la que queremos; y si no se nos cumple, la guerra aún no está concluída; todos los héroes no han muerto, y no faltarán defensores á la Patria!.....

Luego añadió golpeándose el pecho:

SI FRACTUS IELLABATUR ORBIS

IMPAVIDUM FERIENT RUINÆ. [2]

Creemos que no se han pronunciado palabras más elocuentes en nuestra representación nacional en vez alguna: fuera de que las repeticiones de las palabras que expresan las ideas capitales del discurso; la concisión, el nervio y vigor de la expresión, constituyen de ese trozo una de los más perfectos modelos literarios de *elocuencia política ó parlamentaria* que poseémos! . . .

Hace después la narración de los sucesos que le acaecieron,—breve, rápida, completa,—desde la predicación del sermón en la Colegiata, hasta que volviera á la patria, 22 años después, con el valeroso Mina, á contribuir y rescatar, siguiendo las huellas gloriosas de Hidalgo, Morelos y Guerrero, y ver, por fin, independiente el suelo del Anáhuac, que había sido el sueño de su vida, consagrada á combatir el despotismo hispano en la América. Todo ello podría verse en sus escritos consagrados a la misma causa, y termina con la súplica de que se le devuelvan sus bienes, su biblioteca, sus insignias doctorales, que le arrebatara el Monstruo, ya que el Cielo y los esfuerzos de sus compatriotas héroes le habían devuelto la patria, y el honor de sentarse en aquella Cámara augusta, y de ser recibido con el aplauso que le ennoblecía y que le llenaba de justa y legítima satisfacción.

Al final de la narración de los sucesos, y en su defensa ó Apología de su vida, trae el siguiente trozo que no podemos resistir el deseo de trasladarlo á estos apuntes, porque él muestra de modo evidente la amplitud de miras y el sólido y recto criterio que en política y en religión le acompañó siempre en sus escritos. Dice así:

“Respondí al Sr. Alatorre [4] desde San Juan de Ulúa, que mi causa era

puramente política, y que habiéndose unido dicho Vicario General al Virrey en Tribunal hermafrodita, y de su creación, contra la Constitución, para enviarme sin órme, á disfrutar mi indulto á España, no sabía lo que tenía que hacer el Arzobispo conmigo; especialmente no estando yo sujeto sino al Sumo Pontífice, como Prelado de su casa: y en cuanto á mis libros pregunté ¿si aún regía el ex-purgatorio bárbaro de la extinguida Inquisición, que con algunos libros malos tenía prohibidos otros excelentes, y sepultada á la nación en la ignorancia! Consta de mis documentos que yo tenía licencia del S. P para leer todo género de libros, como teólogo controvertista conocido.¿Cómo se han de impugnar los libros malos sin leerlos? ¿Cómo se han de combatir á los enemigos de la religión sin conocer sus armas?

Esta fuerza del razonamiento que no contiene nada inútil, sino que todo contribuye al objeto y fin del asunto, es lo que forma en todas sus obras de polémicas político-religiosa aquella distinción, y aquel sello de superioridad que las eleva por cima de las de todos sus adversarios y controversista de su tiempo. Y así, en las contendas de nuestro primer Congreso y el que le siguió, es imposible consignar, ni aún el extracto de las luminosas polémicas que sobre el *Patronato y Representación Mexicana* en la Corte de Roma, anexión de Chiapas, pensión á Iturbide, defensa de México contra las maquinaciones de la Santa Alianza, organización de la Enseñanza, división de las Provincias y régimen interior que debían adoptar, así como la naturaleza del vínculo que las unía al Centro común del Gobierno nacional; en todos ellos se manifestó siempre; lo que era, político profundo, y como erudito prodigioso, respecto de la ciencia y de los conocimientos de los hombres y las cosas de su tiempo; y aunque dotado de viva imaginación de artista y de poeta (1), poseía un criterio sólido y un criterio recto, debidos precisamente á esa ciencia y á esa erudición que refrenaba los vuelos de sus vivas facultades afectivas y representativas, que hacían de él un perfecto artista. Buena prueba de ello dió, cuando arrebatados por la federación del Norte; deslumbrados por las brillantes teorías de Rousseau; sedientos de la hermosa libertad que en los libros pintara el gran Apóstol de la soberanía y omnipotencia de los pueblos . . . los liberales de aquella época, sin experiencia, y con el desconocimiento completo del medio, fueron conducidos á predicar y establecer en el seno de un pueblo dominado por

trescientos años por el más ominoso de los yugos, la democracia pura con el régimen federal de los Estados, en que cada uno viniere á representar otra República unida al Centro por lazos débiles de fácil rompimiento. Así: él, que había visto desmoronarse el edificio levantado por Robespierre, que hablaba de libertad, entre las ruinas de un monstruoso despotismo: él que había contemplado tras el hundimiento del poder absoluto de los monarcas de derecho divino, el fracaso de la ilimitada soberanía de los pueblos, dividida y subdividida hasta perderse en una vasta unidad despótica, implacable, serena, ó rugiente como el océano, y como éste, infinita y sin término, no podía, no debía comprender, cómo por nuestras costumbres, por la pésima educación política, resumida en este sólo término *la obediencia*, cómo un pueblo, *analfabeta*, sin experiencia y sin luces, podría pasar con tanta rapidez de las tinieblas del despotismo á la luz del esplendoroso federalismo norte-americano! No comprendía, no podía comprender que se pasara sin desquiciamiento, sin revolución, sin trastorno completo de todos los vínculos nacionales, de la unidad monótona de la tiranía monárquica colonial á la variedad de tonos, tan compleja y armoniosa de las federaciones democráticas. Por ello se opuso con todo el vigor de su talento, con toda la fuerza de sus razonamientos, con todo el poder de su erudición, con toda la magia de su estilo, con toda la sencillez, gravedad, elegancia y distinción de su lenguaje; en suma: con todas las galas y vigor y fuerza de su elocuencia. (2) á aquel ardor inmoderado del liberalismo que contribuyó, sin duda, con su decisión funesta á hundir, ay!... á nuestra patria en un abismo de ruinas y de miserias! Ah! si se le hubiese escuchado! El discurso que pronunció entonces, lleva el nombre bíblico de *Profecía* del Dr. Mier. Será el asunto del Capítulo siguiente.



Capítulo XVIII.

Discurso-Profético del Padre Mier.

Tocamos el término de la carrera literaria religiosa y política de aquel hombre extraordinario, que comenzó por dar gloria y renombre al Anáhuac con sus lucubraciones histórico-religiosas, que continuó defendiendo su Independencia y soberanía, y terminó, después de haber contribuido poderosamente con su verbo encendido á la liberación de un Continente, con enseñar á su patria, ya libre, el camino que debía seguir para alcanzar el bienestar y la felicidad que para ella soñaba!

Se discutía con ardor en la Cámara (1) sosteniendo la mayoría liberal republicana la *federación* con Estados libres é independientes, y agotaban aquellos jóvenes, generosos y ardientes, el caudal de su elocuencia, aduciendo ejemplos como el de los Estados Unidos de Norte América, cuyo rápido engrandecimiento y cuya prosperidad prodigiosa se atribuía á su régimen federativo! El Diputado por Nuevo León se levanta y dice:

Nadie, creo, podrá dudar de mi patriotismo. Son conocidos mis escritos en favor de la Independencia y Libertad de la América; son públicos mis largos padecimientos, y llevo las cicatrices en mi cuerpo. Otros podrían alegar servicios á la patria iguales á los míos; pero mayores ninguno; á lo menos en su género. Y con todo, nada he pedido; nada me han dado. Y después de 60 años ¿qué tengo que esperar sino el sepulcro? Me asiste, pues, un derecho, para que cuando voy á hablar de lo que debe decidir de la suerte de mi patria, se me